



Hablemos en serio sobre educación y adolescencias

Jaume Funes

Psicólogo, educador, periodista

Especialista en el mundo de los adolescentes y sus dificultades

El autor sostiene que existe una desconexión entre el mundo escolar, e incluso entre muchas familias, con la realidad de las adolescencias, lo que repercute sobre los resultados del final de la escolarización obligatoria.

Un debate fuera de onda

De todas las controversias escolares, la que tiene que ver con la educación secundaria es, con mucho, la que parece estar más desenfocada, más anticuada, más enconada en conflictos que le son ajenos. Sigue anclada en consideraciones que poco o nada tienen que ver con la

realidad de las adolescencias y de la educación en la primera década del siglo XXI. Es un poco (que nadie se ofenda) como si el profesorado siguiera frustrado por no tener en las aulas una especie de buen alumno (que probablemente nunca existió), dispuesto a aceptar una instrucción basada en las reglas académicas del aprendizaje; como si los padres y madres desearan

La principal crisis de la escuela secundaria no tiene que ver con las adolescencias, es una crisis de docencia

para sus hijos la escuela de sus infancias, de la que han borrado toda la inutilidad y el conflicto que ellos mismos vivieron, como si las autoridades políticas y académicas fueran colocando en la escuela el aprendizaje de todas las complejidades y la solución de todas las tensiones de una sociedad en continuo cambio (de las drogas al racismo), pero sin cambiar demasiado la esencia de la institución escolar.

El punto cero del debate debió haber sido, sigue siendo, comprobar si la escuela que teníamos y tenemos podía convertirse en un espacio adolescente y, a la vez, comprobar si las nuevas adolescencias que emergían podrían algún día convertirse en sujetos escolares y en qué tipo de escuelas podían serlo. Sin dejar de recordar que los institutos, de bachillerato y de formación profesional, no eran ninguna maravilla ya que dejaban en la cuneta entre un 30 y un 40 % de cada generación.

¿Son incompatibles la adolescencia y la escuela?

Cuando nuestros hijos e hijas llegan al final de la infancia entran, inevitablemente, en un largo tiempo de adolescencia (preadolescencia, adolescencia, postadolescencia), en el que se dedican a ser adolescentes, a practicar sus adolescencias, a practicarlas en los territorios escolares. La adolescencia actual es una mezcla de condicionantes sociales y de cambios evolutivos. Por un lado, son años para dedicarse a ser adolescentes, lo son de maneras muy diferentes ("palos", "tribus", estilos diferentes), son mayoritariamente felices de estar en la adolescencia y, además, son ya de la "generación @", que ha crecido y vive en una sociedad digital, en red, mediática. Como sujetos en cambio construyen su mundo oponiéndose a las personas adultas, afirmándose entre sus iguales, experimentando y arriesgando, des-

cubriendo otros mundos otras posibilidades para sus vidas. En la mayoría de las escuelas, cuando las viven como territorio propio, se encuentran bastante a gusto, más a gusto que los profesionales adultos que les rodean.

Buena parte del mundo escolar, sin embargo, parece seguir ajena a las realidades de la adolescencia actual, se resiste a acercarse a sus mundos. Simbólicamente, sus contradicciones podrían reflejarse en ese "profe" que intenta, el lunes a las ocho de la mañana, que sus alumnos de tercero de ESO le escuchen interesados cuando les explica, con tiza y en la pizarra, la estructura de la oración subordinada o las ecuaciones de segundo grado. Lo hace sin considerar cómo se divirtieron el fin de semana, sin tener en cuenta las decenas de mensajes que enviaron por su móvil (o de charlas por el Messenger) en la últimas horas, sin percibir que su clase es un conjunto de grupos con dinámicas de afirmación, de confrontación y de cooperación, sin considerar que algunos andan enamorados o intensamente agobiados, etc.

Muchas familias tampoco se quedan atrás en su desconexión adolescente. Comienzan haciendo su selección de escuela en un intento de garantizar que donde acuda su hijo o hija no habrá "malas compañías", que sólo tendrá relación con determinadas adolescencias que consideran buenas. Después piden a la escuela, fundamentalmente, control y buenas notas. Quieren la garantía de que la institución será una prolongación de su control (o del control que no pueden ejercer) y de que no perderán el tiempo aprendiendo de formas "raras", poco académicas, compartiendo la vida con sujetos diversos.

Es obvio que los resultados del final de la escolarización obligatoria tienen que ver con estos desencuentros y muy poco con el currículo, la autoridad perdida, la disciplina, la diversidad



en las aulas, las leyes aprobadas y no aplicadas, las nuevas leyes envejecidas antes de entrar en vigor. Son éxitos y fracasos muy dispares, entre los que el más importante es que abandonen prematuramente la escuela, saturados de tensión con los aprendizajes, desconectados de todo interés y curiosidad por el saber, ya que tendrán que vivir en un mundo de aprendizajes permanentes, en el que los nuevos saberes son claves para entenderse a sí mismos, comprender el mundo en cambio en el que vivirán, las habilidades que tendrán que adquirir para trabajar y vivir en esta sociedad.

De la crisis de docencia al acompañamiento educativo

Hace un par de años (cuando daba por perdido el espíritu de la LOGSE) reivindicué que educar en la secundaria todavía era posible. Ahora, con las limitaciones de este texto, quisiera proponer que, al menos los padres y las madres, situaran el debate sobre la secundaria en unas coordenadas modernas y útiles, siendo muy consciente de que la situación está hoy para pocas alegrías. Éstas son algunas de las claves del debate, que me parecen irrenunciables, pero que sugiero para seguir hablando:

- ♦ La mejor escuela de secundaria es aquella que recoge la diversidad de adolescencias de su

entorno (del barrio, del pueblo). Es la única que puede garantizar maneras diversas de ser adolescente y crear climas positivos de convivencia. La hiperselección mejora, a veces, los resultados académicos pero añade muchas dificultades a la vivencia de la adolescencia, facilita la aparición de dificultades personales graves (desde la salud mental a conductas de riesgo). La segregación, la creación de guetos con sólo adolescentes inmersos en dificultades, garantiza escolarizaciones imposibles y un alto grado de marginación que rápidamente se convierte en conflicto social. No hay adolescentes problemáticos sino adolescentes que viven una situación problemática y, con mayor o menor brevedad e intensidad, por esas situaciones pasan todos.

- ♦ La principal crisis de la escuela secundaria no tiene que ver con las adolescencias, es una crisis de docencia. Una crisis que tiene que ver con cómo se enseña y se educa en el siglo XXI, en el que una buena parte de la didáctica y la pedagogía han quedado fuera de onda. Buena parte del trabajo del profesorado ya no tiene que ver con la transmisión académica y directa de conocimientos.
- ♦ Debemos ponernos de acuerdo para reclamar de la escuela y de sus profesionales que estén al servicio del acompañamiento educativo, a partir del aprendizaje, construyendo entornos de

No hay adolescentes problemáticos, sino adolescentes que viven una situación problemática.

influencia, climas que permitan hacer sentir al adolescente que está en un espacio que puede considerar propio y en el que aprende activamente, experimentando, descubriendo. La prioridad es conseguir buenos tutores y tutoras capaces de estar cerca de los chicos y chicas, capaces de descubrir qué y cómo viven, con los que las familias puedan compartir diferentes formas de ayudarles.

- ♦ Hay que aclarar cuál es el “salario educativo básico” con el que todos los chicos y chicas han de acabar la escuela. Eso que se denomina “competencias básicas” hay que dotarlo de su contenido real: saber desenvolverse en una sociedad compleja en continuo cambio, en convivencia con uno mismo y con la comunidad. Esos mínimos han de estar al alcance de todos y todas. La forma de conseguirlo no puede ser la segregación y la diferenciación previa en escuelas e itinerarios diferentes, sino organizaciones escolares comunes, normalizadoras, flexibles y diversas.
- ♦ Hace tiempo que sabemos que la escuela no educa sola. El éxito escolar y educativo cada día tiene más que ver con la implicación del conjunto de recursos, profesionales y personas del entorno, del barrio, del pueblo en la educación de sus chicos y chicas. Una escuela de secundaria funciona cuando sale de la escuela, cuando la comunidad entra en la escuela. Además, en una etapa en la que los chicos y chicas adolescentes necesitan de diversas personas adultas con capacidad de estar cerca, consideradas positivas y con capacidad de influir en sus vidas, necesitamos que en el territorio escolar aparezcan otros profesionales locales (de la salud, del trabajo social, de la animación juvenil, etc.), y que los profesionales de la escuela trabajen junto con otros que también se ocupan de los adolescentes.

